

dijimos, nos parecen meras conjeturas muchos de los términos hebreos subyacentes en el texto joanneo. Por último, la traducción francesa propuesta para algunos vocablos griegos resulta chocante y poco adecuada. De todas formas es una obra interesante por lo original de su planteamiento y de su presentación.

Antonio GARCÍA-MORENO

Michael DURST, *Die Eschatologie des Hilarius von Poitiers. Ein Beitrag zur Dogmengeschichte des vierten Jahrhunderts*, («Hereditas. Studien zur Alten Kirchengeschichte», 1), ed. Borengässer, Bonn 1987, XLIV + 386 pp., 16 x 22,5.

La nueva colección «Hereditas. Studien zur Alten Kirchengeschichte», promovida por los Profesores Ernst Dassmann (Bonn), Peter Stockmeier (Munich) y Hermann Joseph Vogt (Münster), se inicia con el vasto volumen que aquí exponemos. Este libro, que se presentó como «Doktor-Dissertation», dirigida por el Prof. E. Dassman, en el semestre de invierno de 1984-85 en la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Bonn, comienza por una presentación, fuentes literarias antiguas y Bibliografía moderna (incluso en lengua castellana). La documentada Introducción ya nos muestra que se trata de un trabajo serio (vida de San Hilario, presentación de sus obras, *status quaestionis*), hasta el punto de que estas páginas introductorias son una gran ayuda para quien desee iniciarse en este Padre de la Iglesia. El primer capítulo trata el tema de la muerte; el segundo se centra en la escatología intermedia; y el tercero estudia los acontecimientos que sucederán al final de los tiempos. El libro se concluye con una «Schlussüberlegung», seguida de dos apéndices en los que se comparan textos de Hilario con dos de sus precedentes, Tertuliano y Orígenes. Abundantes Indices cierran el trabajo.

El valor de este libro es la clarificación de un tema que hasta el presente aún no se había estudiado en su totalidad, tema que es de gran interés para la moderna teología, la cual siempre debe inspirarse en la tradición patristica. Un autor, como San Hilario de Poitiers, síntesis de la tradición latina y alejandrina, es de capital importancia en la historia del dogma cristiano.

Desde el punto de vista antropológico, el Obispo de Poitiers es dicotomista. Su concepción del hombre como unidad viva de cuerpo mortal y alma inmortal constituyen el fundamento filosófico de su escatología.

Así, Hilario ve en el alma el *continuum* de la identidad humana por encima de la muerte. Hilario concibe la muerte, en continuidad con la tradición platónica y estoica, como la separación de cuerpo y alma; pero teológicamente considerada, es la *lex mortis* una consecuencia del pecado de Adán que se transmite desde el primer hombre a sus sucesores. Pero, puesto que Dios ha determinado al hombre para la eternidad e inmortalidad, es la muerte un estado transitorio y no puede ser lo último. Hay un camino para el vencimiento de la muerte y la consecución de la vida eterna, Cristo, *novus Adam*. Por medio de su muerte destruye, en cuanto Dios, el poder de la muerte y por medio de su encarnación santifica y completa la naturaleza humana. Hilario describe el vencimiento de la muerte, siguiendo a la teología oriental, como divinización del hombre, que comienza en Cristo. Se da, a partir de Cristo, lo que el Dr. Durst denomina con acierto «la tensión escatológica» (*die eschatologische Spannung*): la salvación está, por una parte, ya operada, pero, por otra parte, es algo futuro. En esta escatológica tensión entre «ya» y «aún-no», entre presente y futuro, es tarea de la libertad el apropiarse de la salvación operada por Cristo y vencer así la muerte. En el marco de su teología de la divinización ocupan un lugar importante la fe, el bautismo, la eucaristía, la penitencia y la palabra de Dios. Con respecto a la eclesiología de Hilario, también se aprecia la mencionada tensión escatológica, sobre todo en la determinación de las relaciones entre la Iglesia y el Reino de Dios, así como entre la Iglesia y la Jerusalén celestial. Mientras que la Iglesia aquí en la tierra «aún no» es completamente idéntica a ellos, sin embargo, tiene una ordenación tal al Reino de Dios y a la Jerusalén definitiva, que «ya» desde el principio se equipara con ellos en el sentido de una identidad última. Hilario valora la muerte desde dos puntos de vista, positiva y negativamente. Considerar la muerte como un bien no es una simple influencia platónica en Hilario, sino más bien otro aspecto integrante de la tensión escatológica: su valoración negativa de la muerte se debe a que ésta es un castigo del pecado en la vida terrena, mientras que su valoración positiva radica en el hecho de que la muerte significa el final de los sufrimientos terrenos y el estadio de tránsito a la eternidad.

A la pregunta sobre el destino del alma entre muerte y resurrección responde Hilario, como la mayoría de los Padres, que las almas pasan una estancia intermedia en el reino de los muertos. Para su caracterización emplea diversos términos: *Inferi*, que en griego se dice Hades, *Profundum* y sus derivados, *Tartarus* sólo en dos contextos marcadamente poéticos y *Abyssus*, que siempre significa lugar de castigo. El reino de los muertos representa el nivel inferior dentro de la imagen del mundo dividido en tres

niveles (cielo-tierra-reino de los muertos). El descenso de las almas a ese lugar se debe a una ley necesaria de la vida humana, aunque pese a esa necesidad los mártires son una excepción a esa ley. En el Hades, según hayan sido las almas justas o injustas, hay distintos apartados; en uno de ellos las almas descansan ya en anticipación del destino que gozarán después del juicio, y en el otro padecen castigos. Y es que en el Hades no hay cabida para la penitencia ni la conversión; sólo esta vigente la ley del descanso o del castigo. Es más, las almas de los justos son conducidas desde allí por ángeles al seno de Abrahán para descansar en situación de bienaventuranza y alegría. Seno de Abrahán y lugar de castigo están separados por un insalvable abismo; es claro el influjo de la parábola de Lázaro (Lc. 16, 19-31) sobre este punto. Al igual que las almas de todos los muertos, también descendió al Hades el alma de Cristo tras su muerte de cruz, tema éste que es muy tratado por el Obispo de Poitiers, primeramente por un motivo cristológico, ya que tal descenso pone de manifiesto la dimensión cósmica de la kénosis del Hijo de Dios; y también por un motivo soteriológico, ya que Cristo libera así a las almas del dominio de la muerte. Frente al simple creyente, ocupa el mártir una especial posición por su cercana relación a la muerte de Cristo. Por eso, tras su plena purificación a través de los dolores del martirio y de la fuerza de su fe, logran durante ese periodo transitorio un lugar celeste que *Apoc.* 6, 9 ss. sitúa bajo el altar del cielo. Aquí sigue Hilario la tradición patrística, aunque delimita sólo para este contexto martirial el empleo del vocablo *refrigerium*, lo que supone un cierto empobrecimiento de lo que en la más antigua tradición cristiana ese término indicaba.

En cuanto a los acontecimientos que sucederán al final de los tiempos, el trabajo del Dr. Durst ofrece también una amplia exposición. El mundo creado, que Hilario caracteriza como *mundus* y *saeculum*, está temporalmente limitado por un comienzo y un final. El fin del mundo consiste, según el Obispo de Poitiers, en la disolución de la tierra y del firmamento, los más grandes elementos que caracterizan la totalidad del cosmos. El momento de este acontecimiento final es desconocido por los hombres; a este respecto es interesante la exégesis hilariana de *Mt.* 24, 36 en su controversia antiarriana. También conviene señalar, de acuerdo con el minucioso análisis realizado por el Dr. Durst, que no se puede concluir que Hilario fuera milenarista. A pesar de la indeterminación cronológica del fin del mundo, se pueden entresacar de la Sagrada Escritura algunos signos preanunciadores de la cercanía de tal acontecimiento: a) los disturbios finales; b) la aparición de falsos profetas; c) la aparición del Anticristo. Con la caída del mundo tendrá lugar el regreso de Cristo para juzgar,

acontecimiento éste que Hilario interpreta siguiendo el esquema de la doble llegada de Cristo (la primera, en humildad y la segunda, en gloria). El regreso de Cristo estará también precedido de anuncios: a) la aparición de Moisés y Elías (*Apoc.* 11, 3-14); b) la señal de la cruz en el cielo (ésta es la exégesis de Hilario a *Mt.* 24, 30); c) el resonar de las trompetas. En Jerusalén y, en concreto, en el Gólgota, que para Hilario es el centro del mundo, tendrá lugar este encuentro de los santos reunidos con Cristo. Con el sonar de las trompetas resucitarán los muertos con su mismo cuerpo terreno, aunque mudado en un aspecto glorioso. Para Hilario es entendido este acontecimiento cristológicamente, ya que, con la propia resurrección de Cristo está causada en su principio la de toda carne. Si para el Obispo de Poitiers es entendida la muerte como la separación de cuerpo y alma, es la resurrección la nueva y definitiva unión de ambos y, puesto que el cuerpo glorioso se asemejará al alma, cesará entonces la tensión escatológica mediante una nueva armonía del hombre perfecto consigo mismo. El sentido pleno del regreso de Cristo y de la resurrección de los cuerpos se halla en el juicio final, para cuya descripción utiliza Hilario términos jurídicos; tal empleo, sin embargo, manifiesta el sentido metafórico de esta terminología. Una vez resucitados, distingue Hilario tres categorías de hombres: los enemigos de Dios, que resucitan para el castigo eterno; los justos, que resucitan para la gloria celestial; y los pecadores, que se encuentran en medio de aquéllos y sobre quienes sólo en el juicio se decidirá si se cuentan entre los justos o entre los enemigos de Dios. El juez será Cristo, a quien el Padre transfiere el poder de juzgar; junto a Cristo juzgarán los Apóstoles, los Profetas, los Santos y los creyentes, si bien su función como co-jueces no es del todo precisada por Hilario. El criterio decisorio de este juicio son la fe y las obras de fe. Así, el sentido del juicio final es la adjudicación del premio y castigo, es decir, la perfección del proceso de divinización, para los justos, en el cielo junto a Dios, y el castigo de fuego para los injustos; además, serán vencidas las potencias del mal, como la muerte, y los diablos. La perfección de los justos es concretada por Hilario en distintas manifestaciones: la recuperación del paraíso y la renovación del hombre como imagen de Dios; la posesión de la vida eterna, que supone una participación en los bienes de Dios y, sobre todo, en la contemplación de la divinidad, así como en el Reino de Cristo, cuya ciudad capital es la Jerusalén celeste; ésta es entendida como la comunión de los creyentes en el cielo, es decir, como la Iglesia celeste. Por último, Cristo entrega su Reino al Padre. Este acontecimiento no debe entenderse en sentido arriano, como si Cristo perdiera su gloria, sino en el sentido de que el Reino de Cristo se identifica con el Reino del Pa-

dre, es decir, se trata del mayor grado de unidad posible de los justos y de Cristo con Dios Padre, de modo que finalmente «Dios es todo en todo» (I Cor. 15, 28).

A la hora de establecer un balance final de esta obra, podemos afirmar que se trata de un trabajo profundo y bien realizado, digno de iniciar la colección «Hereditas». El Dr. Durst ha sabido esclarecer de entre toda la producción literaria de San Hilario su pensamiento escatológico, tarea tanto más difícil, cuanto se considere que el Obispo de Poitiers no compuso ningún tratado sistemático sobre este tema. Junto con la debida documentación científica, que responde al rigor y seriedad del talante germánico, late en este libro una interesante tensión, precisamente por haber conseguido plasmar de manera sistemática la tensión escatológica, que armoniza con su vibrante dinamismo el pensamiento hilariano sobre este tema. Auguramos a este trabajo y a la colección «Hereditas» buena acogida también en los ambientes teológicos de lengua castellana.

Alberto VICIANO

Jean GAUDEMET, *Le mariage en Occident*, Les Éditions du Cerf, Paris 1987, 520 pp., 14 x 23,5.

El profesor Gaudemet nos ofrece en este libro la culminación de una serie de trabajos de investigación sobre el matrimonio. Como punto de partida sitúa al lector frente a la crisis que está sufriendo en la actualidad el matrimonio. Con abundancia de datos estadísticos —especialmente de Francia— plantea el cuadro actual de esta institución. Tiene todo el aire de una interpelación al lector que se presenta siguiendo el estilo del mejor *esprit français*. La respuesta que ofrece el Autor se articula en las páginas de este libro a través de un riguroso estudio histórico, que se extiende desde el siglo I hasta nuestros días. Como dice el profesor Gaudemet: «L'Histoire nous servira de cadre. Analyser les doctrines et les règles sera notre propos majeur. Pour en expliquer la genèse et le sort, il faudra dépasser le domaine du droit» (p. 7).

Gaudemet analiza con perspicacia el nacimiento del derecho eclesiástico sobre el matrimonio a partir de sus dos fuentes principales: la tradición jurídica romana y la Sagrada Escritura. Del engarce de estas fuentes se configurarán los elementos jurídicos del matrimonio cristiano entre los siglos I al VI. Así se perfilará la regulación jurídica de la indisolubilidad, que es una de las notas o propiedades distintivas de la vida conyugal espe-